



## LA PRIMERA COMUNIÓN

**Autora:** Ana García de Oteyza Fernández-Cid

Rosita y Alicia son gemelas. De carácter dulce, no se pelean nunca y siempre obedecen a sus padres, a los que jamás han dado un disgusto. Hoy están las dos muy ilusionadas porque van a recibir la primera comunión. Llevan preparándose mucho tiempo. Va a ser un gran día para ellas.

Su madre, visiblemente emocionada, viste a las niñas con unas túnicas blancas, muy bonitas, pero sencillas. Ella también se ha esmerado en su atuendo: traje de chaqueta beige muy elegante y peineta con una mantilla de color algo más claro que el traje.

Su padre, un caballero con todas las de la ley, educado, bondadoso y afable, no quiere dejar traslucir su emoción. Sus hijas son las niñas de sus ojos y las mira embelesado.

La tía María, hermana del padre, también está ahí con ellos, pues vive con la familia. Es soltera y tiene pinta de monja arrepentida. Adora a esta familia que tan amable ha sido siempre con ella.

Ya están todos preparados y se dirigen hacia la iglesia. Allí esperan los padrinos de las niñas, sus tíos y primos, y se quedan un rato hablando con ellos.

A la hora señalada, la comitiva entra en el templo. Las niñas se arrodillan en unos reclinatorios cerca del altar, y sus padres justo detrás de ellas. La misa empieza y pronto llega el momento de la comunión. El sacerdote está alzando la sagrada forma cuando, de repente, se oyen unos gritos terribles y se abre la puerta de la iglesia. Entran cuatro hombres enmascarados y vestidos de negro. Van armados con cuchillos, con los que amenazan a los asistentes, exigiéndoles las joyas y las carteras. Rosita y Alicia los ven y empiezan a llorar asustadas. Sus padres se ponen delante de ellas para protegerlas. Su tía María también lo hace. Todo el mundo se va corriendo hacia la sacristía. El cura se traga la hostia consagrada y se queda ahí, tieso como un palo. La confusión es tremenda. Los enmascarados se dirigen hacia las niñas. El padre se enfrenta a ellos, pero el más alto le pega un tortazo que le deja tumbado. La madre se arrodilla para abrazar a sus hijas, pero otro de los hombres le estira del moño y la estrella contra la pared dejándola inconsciente. Entonces, la tía María saca una lima de metal de su bolso y, en un descuido de uno de los enmascarados, se la clava en un ojo. Los invitados, que estaban viendo todo desde la sacristía, se envalentonan y, cogiendo cualquier artilugio pesado que allí se encuentre, se enfrentan a los



delincuentes. El padre se levanta y le atiza tal bastonazo a uno de ellos que le tira al suelo, y le sigue pegando hasta que deja de moverse. La madre se ha recuperado y se dice que ella no se va a quedar atrás. Se dirige hacia otro de los delincuentes con dos de los invitados. Se saca su peineta del cabello y se la clava en la cara al malhechor. Éste empieza a sangrar y a gritar como un cerdo. La madre le arrebató el cuchillo, le rebana el cuello y se va a buscar a otro. La tía María va clavando su lima de metal en cualquier lugar del cuerpo de los enmascarados, a los que ya se les ha caído la careta o se la han arrancado. Los invitados les tiran unas biblias gordísimas a la cabeza y les golpean con todo lo sustraído en la sacristía. Las niñas han cogido dos estatuas de santos y van golpeando con ellas a cualquiera de los malandrines que se les pone a tiro. El padre, con una lámpara en la mano, les va dando "lamparazos", hasta que, por fin, todos los delincuentes están en el suelo cubiertos de sangre a causa de las cuchilladas, los golpes y los agujeros que les ha hecho la tía María con su lima y la madre con su peineta.

Entonces, el sacerdote, las niñas, los padres, la tía María y los invitados vuelven a sus puestos. La ceremonia no debe parar porque cuatro malvados hayan querido fastidiarla. Así, el cura vuelve a alzar una sagrada forma, y las niñas comulgan tranquilamente, olvidado ya el percance que ha tenido lugar.

Después de la misa se van todos a celebrar las comuniones a un restaurante, y aquí paz y después gloria.